



José Mármol

POEMAS

- Al 25 de Mayo en 1841
- A Bolivia en 1846
- Brindis
- El 25 de mayo de 1852
- Lamentos
- La tarde
- El suspiro
- El dolor y el amor
- El alhelí
- Una tarde en el Dacá
- El juramento
- Al 18 de Julio
- Aniversario de la Constitución Oriental
- Adolfo Berro
- A la victoria del ejército de Corrientes
- Montevideo
- El pampero
- A la memoria del joven patriota D. Francisco Muñoz, comandante del tercer batallón de Guardias Nacionales, muerto de dolencia en la línea, al frente del enemigo
- Despedida
- A Teresa
- Destellos del dolor
- Canto al Ejército Libertador
- A la victoria de Caseros
- El poeta Mármol al poeta Mitre
 - El canto de la patria
- A la Virgen de las Mercedes
- La aroma

- La noche

Prólogo

Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolución argentina; y como si ambas hubiesen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos, cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la verdad y el sentimiento brillantado por la imaginación.

Enérgica, espléndida, orgullosa como los triunfos militares, como las glorias patrias que cantaba, la Musa de la Independencia es la historia rimada de su tiempo.

Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al son de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la Libertad, proscrita y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienes de la patria la corona de su época salpicada de lágrimas y sangre.

Las poesías de que hoy hacemos una edición completa pertenecen al reino de esta última; pertenecen a esos suspiros del corazón enviados desde el extranjero hasta las playas argentinas en el ala del céfiro, o en el rayo tierno y melancólico de la luna; a esas armonías del sentimiento con que nuestros poetas revelaban la desgracia de la patria, y esperanzaban en el porvenir durante la larga noche de la esclavitud.

Peregrinos siempre, hoy en unas playas, mañana en otras; pobres; desesperanzados hoy; mañana chispeantes de contentamiento y de esperanzas; sujetos siempre a lo que el destino frío como un cálculo quería hacer de su suerte, los poetas y los escritores emigrados no han podido, ni posible fuera, traer a su patria obras completas y perfectas. Trabajando con los estímulos del corazón, hijos de una época tormentosa de suyo, y sujetos a una fortuna personal incierta, no han traído y depuesto a los pies de su amante común sino un puñado de flores de todos climas y de todos tiempos, plantadas por la esperanza, combatidas por el martirio, y recogidas por la fe y el amor.

Todos, pues, han cumplido con su misión.

Huérfanas y descoloridas; sin más unidad que el sentimiento, ahí van las mías. Flores silvestres para todos, yo las amo mucho sin embargo porque cada una me recuerda lágrimas o esperanzas que cayeron en mi corazón, en aquellos tiempos en que la vida era una lucha perpetua entre el presente y el porvenir, y de cuyo choque brotaba esa luz esplendente de poesía y de grandeza que hoy nos falta.

¡De esos tiempos de ayer no más, y que hoy parecen tan lejanos, tan pasados para el corazón del poeta!

El poeta se agita hoy dentro de sí mismo; se busca, se interroga y no se encuentra. Sacerdote de una sublime religión, está de rodillas en el templo con la mano sobre el corazón; ¡pero el fuego sagrado se ha extinguido en la pira, y el ídolo ha desaparecido del altar!

Los poetas argentinos han hallado su país; pero buscan su patria, y no la encuentran.

La Musa que los inspiraba giró siempre sus ojos por un horizonte donde el genio de la desgracia ponía sin embargo el sello de la sublimidad en todo; y acostumbrada a la grandeza, aun en el infortunio, hoy baja sus ojos y se desmaya en presencia de la vulgaridad y el desencanto. Sobre las ruinas del despotismo ella pensó ver elevarse el trono de la patria con la aureola de su libertad y de sus glorias, y en los rayos de luna de su frente beber la inspiración de una nueva grandeza, de una nueva época digna de suceder a la época pasada tan dramática y tan imponente. Pero el polvo del torreón caído se ha levantado en remolino, y no vemos ni el trono de la patria ni el templo de la libertad, ni adónde vuela el genio de nuestro porvenir, ni dónde nace el sol de nuestras viejas glorias, ni adónde ha de ponerse el sol encapotado y cobrizo que hoy miramos.

Situación indecisa, de transición, en que la vulgaridad se enseñorea, porque ella sola puede representarla candorosamente; la Musa argentina sin hallar una desgracia ni una gloria que esté a la altura de sus inspiraciones, se ha velado, y un eco solo de su lira no se ha oído, para saludar una libertad incompleta, y un triunfo más incompleto aún.

A lo menos, pues, que cada uno de nuestros poetas recoja hoy las hojas secas de las que fueron ayer flores de esperanzas y de vida.

José Mármol

Octubre de 1854

Al 25 de Mayo en 1841

Where Chimborazo, over air, earth, wave,

glares with his Titan eye, and sees no slave.

Byron

Cada generación un día tiene

que la deja en los siglos señalada;

y con ella también un hombre viene,

que le deja su frente coronada.

Mis padres en un Mayo levantaron

eterno un monumento a sus anales,

y los labios de un hombre revelaron

sus luchas y sus lauros inmortales.

Un sol se muestra y el cañón retumba:

es el sol de aquel día... El sol de Mayo.

Si es preciso cantar su primer rayo,

levántese Varela de la tumba.

Caliéntese de nuevo el cráneo altivo

do su espíritu a Mayo iluminaba,

donde inmenso cual es, allí cautivo,

le estudiaba, veía y le cantaba.

Ya su espíritu armónico suspira

sobre el sol de ese día sacrosanto...

Si alguno intenta preludiar su lira,

mire ese sol y púlsela con llanto.

Mire ese sol que aparece

y al ánima nuestra ofrece

letrero que resplandece

diciéndonos divinal:

«hable el alma y calle el labio,

»que el hablarme es un agravio

»con acento mundanal.

»Soy el astro que previno

»se mudase repentino

»forma, espíritu y destino

»de la vieja humanidad;

»y que el futuro ante ella

»reflejase cual estrella

»de sublime claridad.

»Soy el astro que ha sentido,

»como un mortal un tronido,

»el gigantesco estallido

»de dos mundos al romper

»tan comprimidas cadenas

»que, como en cuerpo las venas,

»tres siglos las vieron ser.

»Soy el astro cuya llama

»dio la luz al grande drama

»de quien el fin y la trama

»se improvisaba al rodar

»tronos y reyes al suelo;

»mientras se alzaban al cielo

»los pueblos en libertad.

»Y ante dellos las naciones

»de viejos nobles blasones,

»inclinaron sus pendones

»repitiéndoles: ¡loor!

»Y con iras mal veladas

»se sintieron obligadas

»a brindar por su valor.

»He mirado, en fin, del seno

»que brotaba, siempre lleno,

»agrias raíces de veneno

»de una madre sin amor,

»separarse el joven puro

»condenado al yugo duro

»de bendecir su rigor.

»Y esa madre fue la España

»terca, ciega y siempre extraña

»a los frutos que su entraña

»con su sangre alimentó.

»Y ese joven es el mundo

»que en un día sin segundo

»el genio le presentó.

»No hay un pueblo, no hay humano

»de los que, en eterno arcano,

»brota súbita la mano

»de Dios en la inmensidad,

»que no tengan su destino,

»su existencia y su camino

»distinto en la humanidad.

»Y si vi con inclemencia,

»de la España la insistencia

»desoír esa sentencia

»de la eterna majestad,

»también vilo prosternarse,

»cuando el cáliz vilo quebrarse

»de la infinita bondad.

»Eso escribo en los cielos con mi lumbre

»cuando a Mayo recuerdo en el Oriente:

»si queréis coronar mi excelsa frente

»pedid al cielo que la vuestra alumbre.

»Mayo es obra justísima del cielo

»cansado, al fin, de la injusticia humana,

»y a inspiración de idea soberana,

»los hombres la activaron en el suelo.

»Los hombres y las glorias argentinas

»que desde el Plata al Chimborazo he visto,

»no son más que las joyas brillantinas

»del rozagante traje que revisto.

»De Mayo son sobre sus sienes bellas

»lo que son en el cielo las estrellas...

»Sus glorias alabad, y en sacra pompa

»que vuelen, sí, por la sonora trompa».

II

Oh, sí, que mi lira con cuerdas de bronce

se siente altanera si a Mayo nombró:

si nombra arrogante la gloria que entonces

con solo tres lustros mi patria alcanzó.

Un grito fue sólo de Mayo el portento;

un grito, y mi patria cual Etna que abrasa

se alzó de sus bases y roto el cimiento

lanzose cual raudo torrente que arrasa.

Y eterna en un día, remonta guerrera

del Andes helado la sien de gigante,

y en él reclinada, con mano altanera,

le arroja a la España su nítido guante.

Mal plugo, España, a tu estrella

aceptar el desafío;

más valiera que en desvío

la seña dejaras, sí,

pues estaba escrito en ella

con lemas enrojecidos

que fueran los oprimidos

los vencedores de ti.

Pero terca y orgullosa

con tus godos y tus moros,

tu ambición y tus decoros

te hicieron la sangre arder;

y al momento, poderosa,

y mi patria gigantea,

sable en mano a la pelea

se arrojaron con placer.

Y el ángel de la muerte, en negro carro

su rápida carrera reteniendo,

estuvo con placer el duelo viendo

sobre el inmenso mundo de Pizarro.

Sobre Salta comenzaron,

y en los suelos tucumanos,

los aceros en las manos

a blandirse con furor;

y allí fue donde empezaron

nuestros suelos a lavarse

¡pobre España! al derramarse

de tus venas el humor.

Mas cual tigre enfurecida,

que más brama y más valiente

cuando agudo dardo siente

que en su pecho se clavó;

con la noble y honda herida

que te abrió la patria mía,

con más saña y más porfía

frente a frente te dejó.

Y luchando brazo a brazo,

ya señora, ya vencida,

ya sin fuerzas y sin vida,

ya con fuerza colosal,

hasta el pie del Chimborazo

fuiste atónita rodando,

palmo a palmo guerreando

con tu indómita rival.

Y el ángel de la muerte en negro carro

su rápida carrera reteniendo,

estuvo con placer el duelo viendo

sobre el inmenso mundo de Pizarro.

Y no bien de los guerreros

se oye horrísona la lucha,

cuando Chile que la escucha

arde en bélica inquietud;

y a do estaban los aceros

que templaba el sol de Mayo

vuela súbita cual rayo

a romper su esclavitud.

Y la rompe, mal tu suerte,

cuando al sable de tu hermana

une altiva y soberana

de sus hijos el valor;

a ese sable noble y fuerte

de la joven patria mía

que a tus ojos relucía

cual del ángel vengador.

Y ya entonces todo un mundo

que en tres siglos dominaste,

¡ay, España! le miraste

despeñarse contra ti,

cual del Andes iracundo

ronco y rápido torrente,

que arrastrara en su corriente

cuanta España hubiera en sí.

Y fue en vano que valiente,

porque lo eres, por mi vida,

defendieras aguerrida

tu conquista secular:

Chacabuco dio elocuente

la inmortal lección patricia,

donde viste la justicia

de la América brillar.

Chacabuco cuya cumbre

miró absorta por los llanos,

caer tus viejos veteranos

cuyo nombre era un blasón,

como el sol cuando su lumbre

dore en Maipo la corriente,

verá siempre transparente

algún fúnebre padrón.

De ese Maipo que parece

te arrojara hecha pedazos

a caer entre los brazos

de Ayacucho y de Junín,

allí donde resplandece

el sello de nuestra gloria,

¡y donde fue tu memoria

sepulta por siempre al fin!

Que el ángel de la muerte, en negro carro

su rápida carrera acelerando

el cadáver de España fue arrastrando

sobre el inmenso mundo de Pizarro.

Así, España, domeñaron

tus esfuerzos sobrehumanos,

los que tus reyes tiranos

por tres siglos engrillaron.

Tanto oprimir criaturas,

tanto su industria negarles,

tanto el alma sofocarles

y hasta sus lágrimas puras;

tanto llenar de mancilla

pueblos fuertes y lejanos,

porque exótica semilla

no prendía entre sus manos;

tanto, en fin, ambicionar

oro y sangre de infelices,

con tus hondas cicatrices

lo tuviste que pagar.

Y a ti, tanto lidiar, patria del alma,

tanta sangre verter en la palestra,

te vale de los cielos una palma

que alza orgullosa tu robusta diestra.

Y al mirar por alfombra de tu silla

pieles de los leones de Castilla,

un porvenir tan vasto el cielo os cede

que apenas en los siglos caber puede.

III

De Mayo la corona está tejida:

lo está ya con sus hechos y sus hombres;

de los grandes sucesos de la vida,

mueren los tiempos pero no los nombres.

Pero Mayo es volcán estrepitoso

que agita la gigante cordillera;

y a nosotros el cráter ardoroso

con su inflamada lava nos cubriera.

Nosotros hoy ambicionar de Mayo

el resultado inmenso que prepara,

es querer de la flor recién en tallo

aspirar el aroma que encerrara.

Si rompimos de España las cadenas

y libres elevamos nuestra frente,

conservamos, empero, en nuestras venas

los restos de la ibérica simiente.

Y la sórdida lucha en que vivimos,

sin saber el porqué de los errores,

no es más que las tinieblas sacudimos

para ver de ese Mayo los albores.

Nosotros nos mecemos borrascosos

sobre el fuerte Titán aún sin asiento;

quien quisiere gozar tiempos hermosos

transporte al porvenir su pensamiento.

Y en él, sobre la sien del Chimborazo,

verá un ángel midiendo con su brazo

de los remotos mares la distancia,

y al ángel que mira

pregunte: ¿a qué aspira?

Y el ángel le dirá con arrogancia:

«Me traigo las regiones de la Europa

a domeñar su frente en esta roca».

Montevideo, mayo de 1841

A Bolivia en 1846

I

Divina inspiración, genio del canto,

tiende sobre mi sien tus blancas alas,

y de entusiasmo en la pupila el llanto,

suba la mente a las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono

beba las auras que el Señor respira,

y de las arpas de marfil el tono

temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante a mi memoria;

la voz de Dios, a mi mundano acento;

y en un mar de esperanzas y de gloria

se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,

en la frente de América una estrella

que al futuro, en sus cóncavos profundos,

alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano

a sorprender los siglos con mi mente,

como la fe del corazón cristiano

la lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.

Genio del canto, ven, mi nombre imprime

en la arena del río Pilcomayo

dándole a mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno

del corazón de América, mi madre,

de amor y vida y esperanza lleno,

como la luz del astro

señor del Inca que tu frente dora;

verde promesa del futuro hermoso,

virgen en cuyas sienes de alabastro

la mirada de Dios refleja y brilla

al levantarse tu radiante aurora:

yo te saludo de la triste orilla

que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría

que el humo del cañón formó en tu cielo,

quebraste con tu espada

de tres centurias la coyunda impía.

El león de las Españas en tu suelo,

desde la sien nevada

miró al cóndor del Andes boliviano

como flecha de Dios caer a su frente;

y su hercúlea pujanza de repente

con su airado rival luchara en vano.

De América el cimientto

se conmovió al estrépito gigante

de un torrente de lanzas que violento

invadió por las sierras y los llanos,

quebrando con sus puntas de diamante

la muralla de bronce,

do el pendón de los viejos castellanos

se desplegaba entonces

sobre acerada clava,

bajo el cielo de América su esclava.

Y en aquele torrente,

allí la patria de Belgrano estaba,

allí La Paz y Cochabamba alzaron

ceñida de laurel su altiva frente,

y a los ecos del Plata se mezclaron,

bajo la luz de Mayo,

los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;

y en un mundo sin fin, sin horizonte,

allí la selva y empinado monte,

allí el mar que Balboa saludara,

y allí las rocas que Colón pisara.

Todos, todos allí, y allí la patria

del ancho Beni y Potosí opulento,

quebrando sus cadenas

en aquel día de sublime intento;

y con sangre copiosa de sus venas

bautizando la frente

del mundo que legaban

a la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera

del pecho varonil como un rocío

de los cielos caer, para que un día

cada gota inmortal un pueblo fuera.

Animad, animad el cuerpo frío

de los héroes allí... La fosa umbría

su polvo esparcirá y ELLOS, la frente

con aureola de mártir alumbrada,

y el descarnado brazo

en los hombros del ángel de la gloria,

¡subirán a la sien del Chimborazo

por la huella esplendente

que hizo el carro veloz de la victoria!

¡Animad, animad! ELLOS sus ojos

en torno volverán... Las cordilleras

inclinarán sus sienes altaneras;

callarán sus enojos

las irritadas olas de los mares,

y las llamas y el cóndor escondidos,

los valles y las selvas y los montes,

el sol y los ardientes luminares

sin ley, sin horizontes,

serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión ¡oh Bolivia!

no estaba sólo en tu lanza,

que otra más alta esperanza

reservó Dios para ti:

tus héroes en los combates

no fueron más que tu aurora

que vino a anunciar la hora

en que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero

la llenaron tus campeones,

pero a otras generaciones

legaron otra misión:

tan rica de gloria y nombre,

tan orlada de opulencia,

que fue la más bella herencia

de su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,

¿no es verdad? Pues tu cabeza

con más poder y grandeza

un día levantarás.

Que es América el emblema

del cóndor entre la nube,

cuando más arriba sube

de la ronca tempestad.

Pero la mano del cielo,

entre misterio profundo

pareció robarte al mundo,

huérfana y oculta flor;

y abandonada, perdida,

cual un diamante entre rocas,

lo que hoy tan posible tocas

ayer pareció ilusión.

¡El mar! ¡Sublime esperanza

de tu ambición más sublime!

Es tuyo, Bolivia, imprime

sobre las ondas tu pie;

es tuyo, vuela, te espera

la brisa de los oceanos,

para mecer soberanos

los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas

tu porvenir al oriente,

dora espléndido la frente

de tu más bella región,

y el diamante entre las rocas,

la huérfana flor perdida,

sube con él a otra vida

buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,

la fuente de tu existencia,

ni tu futura opulencia

la contiene el Potosí;

los pueblos no se enriquecen

pisando sobre metales:

serán otros los canales

de tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora,

que de tu seno profundo,

filtrando por todo un mundo,

nacen y buscan el mar.

Serán tus bosques, tus llanos,

tus perfumadas praderas,

y las extensas riberas

del Beni y del Paraguay.

Serán tus manos quebrando

los diques de la ignorancia,

para decir con jactancia,

Europa, ven por aquí.

Y mirar en cada río,

luchando con su corriente,

llegar su industria, su gente

a un mundo rico y feliz.

A un mundo donde la Europa

tiene fija su esperanza,

porque en el suyo no alcanza

en el tiempo un más allá;

a un mundo donde más tarde,

en cada empinado monte,

tendrán su luz, su horizonte,

el genio y la libertad.

¡Ve adelante! Los oceanos

te esperan con impaciencia,

y del cielo la clemencia

escribe tu más allá.

¡Ve adelante! Tus hermanos

que baña el potente Plata,

te batiremos las manos

al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo

rasga a tu hermana las venas,

pone, bárbaro, en cadenas

lo que también es de ti;

pero mañana su cuello

será presa del verdugo,

y el Paraná sin su yugo

sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza

cual fuiste con tu lanza,

lidiando con la saña

del déspota español;

feliz como los pueblos

donde la mar alcanza,

dorados con la lumbre

de americano sol.

Rasgado tu misterio,

radiante de hermosura,

descubrirás al mundo

tu rostro virginal;

y el mundo entusiasmado,

para la virgen pura,

de joyas de la mente

preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos

de vida y opulencia

te invadirán torrentes

de civilización;

y vibrarán los ecos

del arte y de la ciencia

donde antes retumbaron

los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco

las fértiles llanuras

sorprenderá la industria

del europeo al fin;

y en cada sol que dore

del Andes las alturas,

de tu futuro hermoso

se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar

de tu jardín de selvas,

la atmósfera del genio

respirarás también;

que a do tus manos lleguen,

a do tu vista vuelvas,

te bañarás en luces

de boliviana sien.

No en vano en lo más alto

de América blasonas,

nutriendo de tu seno

dos mares a la par:

gigantes sin rivales,

el Plata y Amazonas

que pueden del océano

las ondas desafiar.

No en vano se levanta

sobre metal tu asiento,

Bolivia; no hay arcanos

a tu destino, no;

la suerte de los pueblos

el Dios del firmamento

sobre su suelo mismo

grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,

desde el Estrecho al Istmo,

a contemplar tu frente

sus ojos alzarán;

y con tus mismas alas,

y con tu genio mismo,

tu porvenir al mundo

contigo mostrarán.

Que a los futuros siglos,

del Andes se divisan

precipitarse raudos

al mundo de Colón,

como al nacer el alba

las luces que se aprisan

a iluminar los cielos

en fúlgida invasión.

Mañana el europeo

cuando a buscar se lance,

de América en la orilla

la luz y libertad,

Bolivia, quizá entonces

a comprender alcance

que viertes la más bella,

radiante claridad.

Quién sabe si mañana

conservarás tú sola

lo que otros al presente

destrozan con el pie.

Sobre el Perú y mi patria

de sangre hay aureola,

y un iris de bonanza

sobre tu sien se ve...

V

Bendición en la frente de tus hijos

que en el hogar, junto a la tierna esposa,

hablan de paz y libertad prolijos,

tejiendo palmas a su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria

para su nombre que ennoblece el tuyo:

sonó ayer ese nombre en la victoria,

y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,

el sol desmaya ante mi sien su rayo;

¡ay, si el nombre infeliz del Peregrino

conservara tu rico Pilcomayo!

Brindis El 25 de mayo de 1852

Contestando a otro del Dr. Juan María Gutiérrez

Recojo de tus labios

la inspiración, y brindo

por los amargos días

de nuestra juventud:

aquellos que perdidos

en playas extranjeras

pasaban en nosotros

sin porvenir ni luz.

Los dos hemos cantado

las glorias de la patria;

los dos hemos llorado

su bárbara opresión;

los mares, el desierto

y el llano y las montañas

conocen de nosotros

la noble inspiración.

Los dos hemos rondado

las puertas de la patria,

besando los umbrales

del suspirado Edén;

los dos al fin nos vemos

donde nos ver quisimos:

en el sagrado templo

de nuestra ardiente fe.

En brazos de la patria

y en medio de la vida,

Gutiérrez, aún tenemos

un voto hecho ante Dios:

tenemos que ser siempre

para la tiranía,

proscritos y poetas,

tal es nuestra misión

Lamentos

Sólo faltaba a la enemiga suerte

que en duelo y llanto mi existir anida,

entre cadenas convertir inerte

la primavera de mi triste vida.

Y entre los muros de prisión odiosa,

y entre los hierros que forjó el rigor,

hasta del aire y de la luz celosa

me lanza ingrata a respirar horror.

Cual bestia fiera, en el inmundo suelo

tiendo mi cuerpo, de dolor pasado;

y palpitando reclinar anhelo

la sien hirviente sobre el brazo helado.

De infamia ajeno, de maldad exento,

hago al descanso de mis penas dueño;

pero ¡ay! es breve, que en el alma siento

llanto de fuego que destierra al sueño.

Pasan las horas y tan solo veo

terror y espanto al derredor de mí...

¡Abrid, por Dios, que ponzoñado creo

hasta el aliento que respiro aquí!

Pero a quién llamo, si tan sólo esconden

estas moradas de rigor eterno

pechos de bronce que al dolor responden

con risa amarga que dictó el infierno.

Gózate en la obra de tu saña impía,

destino, o monstruo para mí nacido,

pero no espere tu tenaz porfía

gozarse oyendo mujeril gemido.

Muestra a mis ojos espantosa muerte,

llévame al lado de la tumba helada,

letal veneno entre mi sangre vierte,

¡desciende a mi alma y la verás osada!

Muestra a mis ojos espantosa muerte,

mis miembros todos en cadenas pon.

¡Bárbaro, nunca matarás el alma

ni pondrás grillos a mi mente, no!

En la cárcel, abril de 1839

La tarde

Una tarde de enero apacible,

cuando el sol a su ocaso bajaba,

miré absorto de gozo y sensible

otro sol que en la tierra brillaba.

En su eléctrico fuego al momento

mi alma toda sintiose abrasar,

y este fuego sutil y violento

nunca, nunca, se habrá de apagar.

Del delirio a la calma volviose

mi alma llena de extraño dulzor,

y una bella porteña mostrose

a mis ojos absortos de amor.

La admiré cual a un ángel divino

de esplendores celestes rodeado

y confiando a su luz mi destino,

mi destino dejolo enlutado.

Cada aliento que el alma suspira

ser el nombre del ángel se siente

y entre nubes de hechizo lo mira

cada idea que alberga mi mente.

Entre duda y temor oprimida,

cada instante, se ve mi existencia,

y cual flor por el sol abatida

va marchita exhalando su esencia.

Montevideo, diciembre de 1839

El suspiro

Detente, suspiro,

no vuelas en vano,

no hay pecho que humano

morada te dé;

detente, que miro

burlar tu amargura,

sonreír la perjura,

que es sorda a tu fe.

No olvides que un día

del alma saliste,

que amor le pediste

brindándole amor;

y que ella más fría,

más cruda que el hielo,

burlaba tu anhelo

con fiero rigor.

No olvides que fino

de nuevo a su pecho

volviste deshecho

pidiendo piedad,

y allí tu destino

miraste sin vida,

sintiendo adormida

la negra impiedad...

Regresa, suspiro,

y oculta tu llanto,

que en él mi quebranto,

mis penas se ven.

Regresa y expira

contento en mi suerte;

más quiero la muerte

que frío desdén.

Montevideo, diciembre de 1839

El dolor y el amor

El Dolor dice al Amor:

«¿quién eres que hasta mi imperio,

despreciando mi rigor,

vienes envuelto en misterio?».

El Amor dice: «el que sabe

derribar su poderío,

y con cetro más süave

imperar a su albedrío».

Sonríe el Dolor y dice:

«vano y mísero profeta

de ventura que yo quise

que a mi ley esté sujeta;

tu altanera voz detiene

y dime ¿conque presumes

con tus débiles perfumes

derribar lo que sostiene

inferna fuerza que rinde

del orbe la inmensidad?

Habla, mi rigor prescinde,

que mereces caridad».

«¡Caridad!», dice el Amor,

«¡caridad!, a mí que río

de tu cólera al furor

como el mármol al estío!

Bajo la atmósfera oscura

con que cubres la Creación,

¿no penetra mi luz pura

hasta el mustio corazón?

Como lágrimas del alba

que a la rosa le da vida,

¿al instante no le salva

su existencia consumida?

¿No palpita? ¿No suspira?

¿No se anima? ¿Suave esencia

de deleite no respira

entre cándida existencia?

¿En imágenes nacientes

no ve el alma todo el orbe,

y una y otra y siempre ardientes

en su espíritu no absorbe?

¿Sublimada no comprende

toda gloria, todo nombre,

y en pos de ello no lo emprende

todo cuanto es dado al hombre?

¿Qué no alcanza alma que tiene

en sus senos mi consuelo?

¿Qué le es grande si contiene

en sí misma al mismo cielo?

Y en los tragos embriagada

de mi copa de dulzor,

¿no se aduerme deleitada

sin pensar en tu rigor?

¿Qué es de ti? ¿Dónde presumes?

¿Dónde entonces están tus hechos?

Esos que llamas perfumes,

los exhalan desechos.

Tú obras mientras no es nacida

la existencia en los humanos;

ellos empiezan su vida

cuando los tocan mis manos.

Y entonces, entonces tu yugo

es paja que quiebro leve,

que al cielo darme le plugo

un poder que tanto puede».

«¡Eh, basta!», dice el Dolor.

«¡Presuntuoso desvarío!

De hoy más, de mi poderío

conocerás el rigor!

Yo haré que comprendas, ciego,

que el orbe me pertenece

y que todo en mí fenece

como la paja en el fuego.

Yo haré que al infierno llames

único cielo en la tierra,

que te rindas a su guerra

o que como yo te inflames.

Que veas que los ejes tiene

de este grano que habitamos,

y que de sus férreas manos

este mi poder me viene.

Que el hombre me pertenece

como a la tierra la roca,

y que mi mano lo toca

como arbusto que perece.

Cuando entre dos corazones

activa tu magia prendas

y que rindiéndote ofrendas

se gocen en las prisiones,

yo haré que los sinsabores

en pos de ella se despierten,

y también verás que vierten

sus activos amargores.

Despertaré las falsías,

los desnudos desengaños,

y entre pesares extraños

beberán tus ambrosías.

Si esto es poco; si no abate

de tu orgullo la arrogancia,

yo te opondré la distancia

que tus goces arrebate,

y a los celos convocando,

ellos en la dura ausencia

amargarán tu existencia

mil fantasmas enseñando.

Si esto es poco, si consigues

burlándome unirlos luego,

yo mezclaré entre tu fuego

un hielo que no mitigues.

Cuando más enajenados

no sientan mi duro peso

y apuren hasta el exceso

tus ardores delicados;

cuando sus almas conmuevas

tan a par, tan afinada,

su imperceptible lazada

que a las dos cual una muevas;

cuando el orbe ante tus ojos

se oscurezca y ante ellas

el sol, la luna y estrellas

sean míseros despojos,

yo las haré allí sufrir

entre sus goces tamaños;

yo les mostraré los años

con su embotado sentir».

«Cesa, cesa», dice Amor;

«mis armas son la dulzura,

¡cómo tu férrea armadura

penetraran, oh Dolor!

A mi destino fatal

ya se rindió mi arrogancia,

pero suave la constancia

no abandonará al mortal...

Yo reconozco tu esfera:

es vasta como la tierra;

pero de tanto que encierra

dadme la mitad siquiera».

EL DOLOR

No te ha merecido el hombre.

EL AMOR

Puede ser; pero su nombre

con el mío está grabado.

EL DOLOR

Y su espíritu animado,

de mi espíritu enlutado.

EL AMOR

No importa, no se arrepiente

si animándolo me siente.

Él me busca, lo consuelo

y bajo mi puro cielo,

blando, bueno se convierte.

EL DOLOR

No importa, sufra su suerte.

EL AMOR

Dadme una parte siquiera.

EL DOLOR

¿Una parte? Bien, espera:

para que más sufra y llore,

que un instante te devore

el hombre, que te comprenda,

que tus delicias aprenda,

que después bajo mi mando

te mirará suspirando.

22 de octubre de 1840

El alhelí

Mi espíritu formado

de espíritu ignorado,

¡cómo se agita, oh flor, al contemplarte!

¡Cómo goza risueño

de lo pasado el sueño

y en lo que viene se imagina hallarte!

Rodeada de misterio,

desconocen tu imperio

las duras almas que el amor no mueve.

Una flor en ti miran,

y tu aroma respiran

quedando heladas al gozarlo en breve.

Una mujer que vino

desde el trono divino

de la bondad a engalanar la tierra,

me enseñó a conocerte,

y en mi seno a ponerte,

como la imagen que mi dicha encierra.

En tu fina belleza

se advierte la pureza

del ámbar delicado que te anima:

bajo rostro tan suave

escondese no cabe

el agria esencia de la flor mezquina.

Así miré en un día

otra flor que fue mía,

blanco su rostro como el alba pura,

y en virginal sosiego,

transparentando el fuego,

que sólo el cielo y el amor apura.

Si tu espíritu aspiro,

voluptuoso deliro,

y hasta el seno del alma conmovida

va sutil penetrando,

y en éxtasis dejando

hasta la última fibra de mi vida.

Así gocé en un día

la suprema ambrosía

de unos labios que tu ámbar exhalaban,

y que en breves desvíos

sellaban en los míos

relámpagos del fuego que anidaban.

Apenas es salida

de su cáliz tu vida,

tus nacaradas alas se desmayan;

pero esperando un seno

que te recoja bueno,

muestras dentro del tuyo la esperanza.

Así encuentrela un día

a la hechicera mía:

su juventud por el dolor marchita;

el amor que abrigaba,

del amor esperaba

la nueva vida que su llama incita.

Apenas contemplando

te tengo y suspirando,

cuando pálido viso te resiente

y más y más doblando

tus hojas, expirando,

siento que mueres en mi mano ardiente.

Aparta, aparta, oh flor,

de mi temprano amor

símbolo cruel que me recuerdas tanto...

También pasó a mi mano

otra flor, y temprano,

perdió su dicha y conservó su llanto.

Aparta, y cuando tornes a mi mano,

no vengas, no, cual símbolo tirano.

Torna como de flores

el símil, y de amores

el símbolo divino

que endulce mi destino.

Revélame el misterio

de tu sin par albura;

de tu fragancia pura

revélame el imperio.

Si de la espuma, dime,

de las ondas saliste,

cuando el mar las resiste

contra roca que gima;

si entre el capullo leve

de la estación de hielo,

bajaste desde el cielo,

coronada de nieve;

o dime si naciste

cuando nació la aurora,

y el llanto consumiste

con que saluda a Flora.

Dime si ese perfume

que mi espíritu activa

es el mismo que arriba

el hacedor consume.

Y dime por qué mísero suspiro

si de tus dulces dones me imagino

algo, en el porvenir de mi destino.

25 de octubre de 1840

Una tarde en el Dacá

...Aquí el genio se siente libre, y se complace, porque aquí es dulce la meditación; si él agita, ella calma.

Madame Staël

I

De una ligera barquilla

la sutil y leve quilla

presto va,

deslizándose en la fina

superficie cristalina

del Dacá.

No arroyo de aguas serenas

sino de sierpes amenas

de cristal,

do se mira retratada

la bóveda dilatada

celestial.

Y en la barca navegando,

con el alma palpitando,

vengo a él,

a derramar en su seno

de mi espíritu sereno

dulce miel.

Que esa súbita tormenta

de pasiones que se alienta

entre mí,

no puede sino cual llama

sin el aire que la inflama

ser aquí.

Aquí do tanta evidencia

se entrevé de la existencia

del Señor;

y donde sólo se apura

la sutil esencia pura

del amor...

II

El sol como globo de pálido fuego

apenas destella lejano fulgor,

y esconde en topacios y perlas y oro,

su ya transparente marchito claror.

Sus débiles rayos que leves penetran

cual finos encajes los bosques se ven;

y llegan al agua dorando su linfa

cual rubios cabellos que sueltos estén.

El suelo y los campos envidia se dan;

las nubes son de oro, y allá unas colinas

cual jóvenes novios con trajes bordados

de rica esmeralda coquetas están.

Y así que las nubes se apagan, del sol

parecen entonces matices manar;

y el céfiro blando que vida les da

por premio les dejan el ámbar robar.

Las aves que pasan jugando, cantando,

besando las flores que embriagan de olor

y en círculos varios, se van delirantes

juntando sus picos al nido de amor.

¡Feliz quien pudiera cambiar su destino,

del ídolo amado cambiarlo a la par,

y en pos de esas aves volar a los bosques

a sólo entre amores la vida pasar!...

III

Se ve todavía lucir en la esfera

el bello recuerdo del sol que se fue,

y aquí de las altas hojosas orillas

ya negra la sombra cundiendo se ve...

¡Que Sibila Eritrea pudiera un instante

venir inspirada y amiga al contarme

cual cosas pasadas los siglos que vienen,

aquestas orillas en ellos mostrarme!

Sin ella a los siglos mi espíritu vuela,

diviso los tiempos... ¡qué bellos y amenos!

Los hombres diviso... ¡qué suaves y nuevos!,

se oprimen las manos; se abrazan... ¡qué buenos!

Y a estas orillas... ¡oh, ya las contemplo

con casas lujosas que el arte alzará,

y a vírgenes puras cogiendo las flores

de bellos jardines que baña el Dacá!

Y en hora cual ésta ya ver me parece

surcando el arroyo barquilla de amor:

barquilla que lleva cantando en su popa

pareja de humanos que apura dulzor;

que acerca a la orilla la barca veloz;

que un joven rebata purpúrea una flor,

que luego en un trono de nieve la pone

y un beso por premio le paga el amor;

que extraños que pasan también por su lado,

en vez de zaherirlos con torpe rigor,

sensibles los miran y dicen «pasemos,

que gocen felices... La vida es amor».

Tal vez en un tiempo... ¡ah, quién lo gozara!,

feliz fantasía, te tornes verdad...

Mas si hoy entre espinas la vida se pasa,

que gocen los hombres siquiera esa edad...

IV

Apenas luz pasajera

del crepúsculo quedó;

y el dorado de la esfera

ya la sombra amarilló.

Sombra vaga y misteriosa

que en su lánguido existir

nos despierta religiosa

los recuerdos del vivir.

A mi barca fugitiva

la detengo en su volar,

para suave y pensativa

quieta el alma suspirar;

y a los mustios arrayanes

y a las aguas del Dacá

contemplar cual talismanes

en que Dios y amor está.

En que Dios... ¡y qué verdad!

¡En qué mente de criatura

no ha brillado su luz pura,

si vagó en la soledad...!

Si admiró por un instante

algún prado, una colina,

una estrella peregrina,

o a la luna vacilante...!

¿Y qué pecho, cual el mío

joven presa del dolor,

contemplando un manso río

no ha pensado en el amor,

no ha deseado que en su brazo

palpitase su querida

y olvidar en su regazo

los tormentos de la vida?

¡Ay!, alguno tal vez goce

lo que apenas pienso yo...

que cual de ese sol que huyose

ni un destello nos quedó.

Así he visto que volaba

para nunca más volver

la lazada que me ataba

con el mundo y el placer.

Mercedes, enero de 1841

El juramento

No bien asoma en el oriente el día,

cuando una idea por mi mente umbría

rueda y me dice:

En igual hora de tu bella Elvira

su brazo entre tu brazo se apoyaba,

y cuando el sol a columbrar aspira

tu patrio Plata, vuestro pie regaba,

y allí, más puro que la blanda brisa,

era en tu pecho tu profundo amor:

y allí de Elvira la inocente risa

era más bella que el primer albor.

No bien el sol en el ocaso muere,

cuando una voz mi pensamiento hiere

que me recuerda:

en igual hora de su labio hubiste

el primer beso de deleite lleno,

y a su inocente conmovido seno

veloz latiendo de pudor sentiste,

y vuestras almas cual esencias leves

que exhala en olas delicada flor,

a vuestros labios asomando breves

de un cuerpo al otro las cambió el amor...

Pero fue en aquel instante

en que se sepulta el día:

hora de melancolía

de luz mustia, agonizante,

y de mi suerte expirante

fue la muda profecía.

No bien la noche por la negra esfera

la mitad corre de su fiel carrera

cuando escucho otra voz:

en hora igual encapotado el cielo,

temblar hacía el conmovido suelo;

y ella en tus brazos de dolor henchida

ni era cadáver ni sentía vida,

y hasta su labio que febril latiera

llegando el tuyo por la vez postrera,

besaste a su alma que vagó en su voz

¡cuando besaste su postrer adiós!

Oye, mi Elvira. Contra ti he mirado

nacer el astro que a los seres cría;

pues que enlutado

cual noche umbría,

me niegue airado

la luz del día,

si otra mujer en tu lugar percibes

acá en el alma do reinando vives.

He visto contra ti llegar la hora

diosa de mis recuerdos y consuelos;

pues que traidora

lleve en su vuelo

lo más amado

de mi pasado.

Y ni recuerdo

de dicha alguna

desde mi cuna

conserve yo,

si el corazón donde tu nombre habita

de otra mujer por el amor palpita.

He visto a Dios estremecer la esfera

al abrazarte por la vez postrera;

pues que iracundo

me forme un mundo

de negro horror,

y en él me lance

para que alcance

sólo rigor.

Y cuando el ángel de la muerte vea

no eres, mi Elvira, mi postrer idea.

Mayo de 1841

Al 18 de Julio **Aniversario de la Constitución Oriental**

Vuelva a mi mano la patricia lira,

que al ver de Mayo despuntar el día

canto las glorias de la patria mía...

Vuelva; y el vate que entonó a su patria

ponga otra hoja de verdor lozana

sobre las sienes de su tierna hermana.

...La misión del poeta no es linda

en los confines de su patrio suelo,

que el fuego santo que le inspiró el cielo

refleja ardiente por la humana raza;

y cuando pulsa la inspirada lira

los hombres todos cual hermanos mira...

Así mis labios sin orgullo claman

que vi la luz donde se estrella el Plata;

también mi alma la altivez dilata

si de otros pueblos las virtudes canta...

Y de la América al mirar el lema

grabado hermoso en la oriental diadema,

arde en mi pecho americano fuego,

y solo me alzo al fraternal regazo

del ángel que admiré en el Chimborazo.

Como este día, otro día

hacen once años lucía

sobre la esfera oriental

y el sol la iluminaba,

con cada rayo esmaltaba

una corona inmortal...

Y al poner sobre la frente

de una patria amaneciente

esa corona el destino,

le digo: «Yo te bendigo;

y el cielo vaya contigo

por tu sendero divino...».

La bella corona

que estaba tapada,

por mano querida

de la libertad,

formaban sus ojos,

y bellos laureles

los códigos fieles

que dan igualdad.

Que, luego que el bronce

nunció en las almenas

que viles cadenas

el sable rompió,

el pueblo valiente

sin tronos ni reyes

se quiso dar leyes

y leyes dictó.

¡Gloria, pueblo oriental! Meció tu cuna

el brazo de dolor de la fortuna,

que de extraños la planta,

pisando tu garganta,

también tres siglos con baldón te ajaron,

como ajaron un mundo

que de bondad fecundo

esos que llaman reyes lo mancharon.

Mas, gemelo en sufrir con tus hermanos,

también lo fuiste en humillar tiranos

cuando alzó refulgente

la América su frente,

pura como el azul de sus pendones,

y también con tus brazos

arrojaste en pedazos

regias cadenas y soberbios leones.

Pero, rotos los cetros de la Europa,

soñó el Brasil, con petulancia loca,

que domarte podía

si fiero sacudía

la su águila imperial en vuelo insano;

y quizá más demente

se imaginó insolente

llevar más lejos su caduca mano.

Con sus alas el águila orgullosa

sombreó un día tu frente luminosa;

y su pico de acero

tragaba carnicero

el porvenir que en Mayo te legaron;

pero lució otro día

y tú y la patria mía

el águila en su mano reventaron.

Que a la planta de la silla

de vanos emperadores,

no doblan, no, las rodillas

los que alumbró cual señores

el sol de la libertad.

Los que traen sobre la frente

aquel sombrero esplendente

que dice, «eterno y divino,

yo solamente me inclino

ante la divinidad».

...Y con hechos inmortales,

argentinos y orientales

se lo enseñaron temprano

a ese ombú que se alza vano

entre un jardín de rosales.

Que no bien la dura lanza

del oriental la pujanza

hizo en el aire blandir,

cuando profético acento

se escuchaba por el viento

cantando su porvenir.

Y el sable del argentino,

que le regaló el destino

para lidiar y vencer,

brilló de nuevo en las manos,

que a vengar a sus hermanos

vinieron o perecer.

Y de nuevo los pendones

que envolvieron a los leones

en sus pliegues, con desdén,

flamearon en nueva esfera

buscando la águila fiera

para envolverla también.

Y ya sólo en su camino

el oriental y argentino,

más valiera al brasilero,

con sus pompas imperiales,

a sus bosques o arenales

irse a sepultar primero.

Que a una herida mil heridas;

a una vida otras mil vidas,

y a un trofeo diez victorias:

uno y otro hubo fijado,

como precio señalado,

al que desprecia sus glorias.

Y si una mano de amigo

no le tiende su enemigo,

sangre a ríos derramando

se hubieran ido triunfando

a cantar «Oíd mortales»

a sus plazas imperiales.

II

Así su pasado

contento de gloria

revela la historia

del suelo oriental.

Y fue la corona

que en julio se puso

porque otra depuso

de torpe metal...

Sus leyes eternas

al cielo juradas,

en todas selladas

se ve la igualdad.

Las leyes son frutos

que siembran los hombres

después que renombres

coronan su sien;

pues son de los pueblos

los lemas y sellos

grabados en ellos

que libres se ven.

Así orientales, cuando el sol doraba

vuestro sagrado Julio, independientes

a par que constituidos os miraba

y alzando libres las guerreras frentes.

Los hombres que ese día un pensamiento

con religioso labio pronunciaron

miradlos cual profetas que en su acento

un porvenir inmenso os revelaron.

Y al recordar sus venerables nombres

lágrimas se deslicen abundantes;

que ellos también cuando os hacían hombres

lágrimas hermozeaban sus semblantes.

Ellos os dieron leyes, cuando apenas

«¡leyes!» el pueblo balbucear podía,

y era porque sentían en sus venas

que el fuego santo de la patria ardía.

Y si cual tierno arbusto que lo mecen

entre raudo huracán los aquilones,

mirareis vuestras leyes que perecen

al recio vendaval de las pasiones.

No desmayéis por eso, que no tarde

el arbusto, ya pino corpulento,

de su inmenso volumen hará alarde

y se reirá cuando lo meza el tiempo...

Todo pueblo de Mayo es destinado

a levantar su frente hasta los cielos,

pero también en su niñez forzado

a regar con sus lágrimas los suelos.

Más la niñez de un pueblo se aligera

si de su mente los errores lanza,

y entonces en su rápida carrera

la gloria solo y la virtud alcanza.

Y los pueblos del Plata que entre espinas

han mecido su cuna lastimera

ya divisan con luces brillantinas

la aurora de su bella primavera.

Que esos niños nacidos entre espinas

hoy se estrechan en brazos colosales,

cual se estrechan amigos y colinas

en los hermosos campos orientales.

Y sobre los escombros del pasado

hoy clavan sus augustos pabellones,

clamando con su labio venerado

Mayo y el porvenir de sus naciones.

III

Y el porvenir de Oriente

se ve con júbilo escrito

en un acaso bendito

que se concibe en la muerte.

Imaginad, orientales,

que estáis en lo venidero

y que veis llegar un viajero

a pisar vuestros umbrales.

Y vuestro corazón de orgullo henchido

para a escuchar la voz del navegante

que repite anhelante:

«Cuando del bajel miraba,

esta preciosa ciudad

me pareció una beldad

que a orillas del mar jugaba

con los corales del mar.

»Y al contemplarla tan bella

y en planta tan ligera,

yo temía que la ofendiera

hasta la ola que en ella

viene suave a deslizar.

»Pero al mirar los hombres de su suelo,

es gigante, me dije, que a los cielos

está tocando altivo con su mano.

Que es vástago fecundo

del suelo americano,

donde se siembra un pueblo y crece un mundo».

1841

Adolfo Berro

¡Ay del que ríe del ajeno llanto

y ve sin pena que el sepulcro encierra

joven lozano!

¡Yo también te perdí! La hojosa palma

que crece inmensa sobre yerma arena,

brinda el tesoro de su sombra amena

como los cielos su apacible calma.

Bajo sus ramas se cobija el bueno

cuando la tempestad se precipita,

y cuando más el huracán se agita,

siente sin miedo palpitar su seno.

Así al mirar que repentino rayo

rápido estalla y a la palma hiende,

yertas sus manos al Eterno tiende,

sellado el labio con mortal desmayo.

Por el desierto sus miradas gira,

el sol cual llamas en el rostro siente,

el aire empaña su lozana frente,

busca la palma, y de dolor suspira.

Así, mi Adolfo, contemplé creciendo

a las nubes tu alada inteligencia,

y burlando del tiempo la inclemencia

entre las tempestades floreciendo,

ofrecer con sus alas la bonanza

a los que han visto con la luz del día

la torpe mano de fortuna impía

ajar hasta el crisol de la esperanza;

profético enseñarles con tu mano

el iris bello de tu patrio cielo

y los verdes arbustos que en el suelo

crecen, burlando el huracán tirano.

Y en medio dellos al mirarte hermoso,

cual diamante entre perlas colocado,

te miro de repente arrebatado,

dejando negro el centro luminoso.

Y en la callada

fúnebre fosa,

poner helada

bajo la losa

la fuente que encerraba el fuego santo

de la sublime inspiración del canto.

Que eras de los escogidos

que cuando caen en el suelo

han aprendido en el cielo

del canto la majestad,

y que traen en sus oídos,

bullendo, las vibraciones

de las celestes canciones

que oye la divinidad.

Y que traen en su cabeza,

mezcladas con armonías,

las valiosas pedrerías

de los vates del Señor.

Joyas de inmensa riqueza

que por los labios asoman

y que los hombres las toman

sin conocer su valor.

Pero al traer de los cielos

el germen de poesía,

de triste melancolía

trajiste el germen también.

Que es el poeta en los suelos

lo que una lámpara bella:

lumbre su frente destella

y hay una sombra a su pie.

Lo tumba Dios en el mundo

sin denso velo en los ojos,

y el mundo tan sólo abrojos

le hace en su senda mirar.

Sigue al destino iracundo,

siempre a su seña lidiando,

y es un bajel batallando

con los ímpetus del mar.

Así, mi Adolfo, tus versos,

si eran gotas de licores

perfumados con las flores

de tu rica fantasía,

también tus días adversos

en ellas se reflejaban

cuando hasta el alma llegaban

del que apurarlas quería.

Así, al mirar de tu vida

la joven llama expirando

y lentamente llegando

tranquila a la eternidad,

sin duda viste florida

la copa de tu amargura,

y en ella la esencia pura

de eterna felicidad.

Y viste entre nubes de oro

rico alcázar esplendente,

y una corona en tu frente

con las palmas del Señor.

Y viste el excelso coro

que sobre estrellas camina,

poner en tu arpa divina

verde corona de amor.

Y tus labios desplegando

con una leve sonrisa,

como una fragante brisa

tu alma del pecho salió

fragante, que palpitando

cuando reinaba en tu vida,

era un ámbar escondida

dentro el cáliz de una flor.

Así, poeta, al decretar tu muerte

la poderosa mano que derrumba

como a la débil flor, la fuerte encina,

arrojó chispas de su luz divina

¡ay! en el hueco de tu yerta tumba.

Y al colocarte en su callado seno,

para cubrir con mármoles tu fosa,

miraste todo en derredor luciente

y que una llama de tu virgen frente

calentaba las letras de tu losa.

Descansa en ella. La mansión del bueno

es la tumba, no más. El Dios bondoso

ya recogió tu espíritu en sus manos,

y el blando corazón de tus hermanos

es el albergue de tu nombre hermoso.

El tembloroso suelo en que viviste,

si brota pechos como yerto acero,

otros también sensibles fecundiza...

A orillas del Vesubio, entre ceniza,

crece la vid y el verde naranjero.

2 de octubre de 1841

A la victoria del ejército de Corrientes

La mano del valiente

descorre al fin el tenebroso velo

que como densa nube encapotaba

de nuestra patria la lozana frente.

Que como voz profética del cielo

que llega al corazón del argentino,

en tronadora llama

la libertad proclama

el cañón de los libres correntinos.

Sintieron que sus manos

eran robustas para traer cadenas

y que ardiente bullía

la sangre de los libres en sus venas.

El acero empuñaron,

buscaron en el campo a los tiranos,

y a los tiranos la cerviz pisaron...

Pisaron el orgullo

de ese déspota insano

que imaginó insolente

que a do tendiera su perjura mano

todos debían doblegar la frente.

Torrentes de su sangre

correr debían a lavar el suelo

donde su infame planta

con cada paso lo dejó manchado.

Y a torrentes su sangre

las manchas han lavado,

lanzando entre tropel de maldiciones

el alma, de sus torpes corazones.

Mientras, el correntino,

la vibradora lanza

revolviéndola audaz en la matanza,

al compás de esos gritos infernales

regalaba a los vientos: «Oíd mortales...».

¡Gloria, pueblo feliz! Te ha conducido

el ángel de los libres con su diestra,

y en el aire extendido

durante el balancear de la palestra,

con sus alas hermosas

envolverte debía

si el torpe empeño de fortuna impía

llegaba hasta tus huestes belicosas.

Pero sonó en los suelos

el eco de la trompa

que anunciaba a los libres la victoria,

y sus alas plegando con majestuosa pompa,

la lumbre de los cielos

cayó sobre tu frente victoriosa,

brillando luminosa

la laureada corona de la gloria

¡Salud, pueblo feliz! Gloria al guerrero

que altivo y noble desvainó el acero

y a tu frente marchó. Su labio un día

valiente pronunció: no habrá en la tierra

quien manche el lustre de la patria mía

sin pedir el perdón, dijo; y al campo

de la gloria marchó. Hoy ya su frente

de lauros coronó; y ya el tirano

casi se humilla ante su heroica mano.

Buenos Aires, al cabo

levantarás tu frente victoriosa.

Al cabo tus cadenas

arrojadas al suelo en mil pedazos,

libre recibirás entre tus brazos

los hijos arrojados de tu seno.

Hijos en cuyas venas,

en vez de sangre, libertad palpita,

y en cuyo pecho habita

tu caro nombre, de esperanzas lleno.

Hijos que ni el revés de la fortuna

ni la mano potente

del infortunio doblegó su frente;

que arrastrando en la tierra

cuanto rigor y sufrimiento encierra,

altivo el corazón, altivo el labio,

cuanto más en cadenas te miraban

más orgullosos ¡libertad! clamaban...

Y altivo el corazón, altivo el labio,

por las olas del Plata atravesando

irán, mi patria, ¡libertad! clamando.

Montevideo, diciembre de 1841

Montevideo

A mi amigo Juan Carlos Gómez

Era de noche, y la una;

mudo silencio reinaba

y entre celajes la luna

muy débil luz derramaba.

Esa ciudad que en el mundo

la llaman Montevideo,

dormía en sueño profundo

como niña sin deseo.

Besaba el mar su cintura

como una fuente serena

que tiene en su linfa pura

bañándose una sirena.

A poco trecho delante

se vía la negra planta

de encapotado gigante

que con su tamaño espanta.

Y como tan alto estaba,

bien sabe Dios, parecía

que con los vientos hablaba,

y a las nubes les decía:

-Chito, duerme la señora,

y estoy yo de centinela;

dejadla que goce ahora

que harto sufre cuando vela.

Si de batallar con ella

vuestra voz la señal da,

aquí estoy yo a defendella,

pugnad, mi pecho aquí está.

Y era verdad, que los vientos

muy tímidos se alejaban

pues eran suaves alientos

los que en el mar deslizaban.

Brisas que se perfumaron

con margaritas y aromas,

cuando felices jugaron

de San Isidro en las lomas.

Única pobre primicia

que le regalan los aires,

¡al que hasta el aire acaricia

si pasa por Buenos Aires!

Así la ciudad dormía

sin viento ni recia mar.

Y en sus calles no se vía

ni un lampo encendido estar.

Y tan mustia, tan secreta,

tan libre de agitación,

se parecía al poeta

cuando llega la oración.

Hay alguien que está velando...

parece un ánima en pena...

va por las calles vagando...

su leve planta no suena.

Se para, sus ojos gira...

anda tal vez al acaso...

de cuando en cuando suspira,

y vuelve andar paso a paso.

Parece sombra sin vida,

o demonio disfrazado

que anda buscando guarida

y encuentra todo cerrado.

O espía de los abismos

que en medio a la oscuridad

viene lleno de embolismos

a endemoniar la ciudad.

¿O es ánima con zozobra

que deja la cordillera

para mirar una obra

de la sangre que vertiera?

Bien puede ser, por Dios Santo.

Esos esqueletos yertos,

de vivos se alzaron tanto

que temo se alcen de muertos.

Pero ese ser que camina

no es demonio ni soldado;

bien por su voz se adivina

que es un hombre y desgraciado.

Junto a elevado palacio

de tres hermosos balcones

se ha parado -y al espacio

da sentidas expresiones:

«Eres muy linda ciudad,

en verdad...

Pimpollo en noche lluviosa

que cuando venga el albor

será rosa,

llena de vida y olor.

»Veneciana seductora

que enamora

con su pecho de azucena.

Y al más tímido mortal

lo enajena

con palabras de panal.

»Y por eso te admiraron

y robaron,

tres piratas que los tres

a cual más quiso tu mano,

y a la vez

a cual más fue tu tirano.

»Más de todos el primero;

que el acero

de su viejo guante duro

dejó largo y hondo rastro

en tu puro

joven seno de alabastro.

»Pero viejo era el navío

que en desvío

te llevaba prisionera...

nave nueva lo siguió

y ligera

le dio caza y te salvó.

»Así estás libre, risueña

y halagüeña

como paloma en el mar;

tus hijos duermen en flores

de azahar

y sueñan dichas y amores.

»Y cuando viene la aurora

seductora

los ve levantar contentos,

cual las ebrias mariposas

que momentos

han dormido entre las rosas.

»Que el alba no tiene tintas

tan distintas

para matizar el cielo,

como tú tienes riquezas

de bellezas

para engalanar tu suelo.

»Que son tus hijas hermosas

como rosas;

y como la flor del aire

graciosas, cuando la brisa

con donaire

sube a la peña y la riza.

»Con el seno en tus celajes

de encajes,

y llenas de seda y blondas,

se muestran más voluptuosas

que las ondas

cuando juegan espumosas.

»¡Quién tuviese una siquiera

hechicera,

para olvidar en sus brazos

tantas penas tan amargas,

tantos lazos

y horas de vivir tan largas!...

»Tú tienes, ciudad preciosa,

más bellezas que un harén:

dame siquiera una hermosa

para reclinar mi sien.

»Diamantes entre ellos vi,

perlas también admiré;

dame siquiera un rubí

que yo diamante lo haré.

»Dame... pero qué me importa

tus encantos ni tus bellas,

¡si ya mi alma no soporta

ni el contemplarlas a ellas!

»Qué me importa si tu mano

no puede sin ser delito

mostrarme el ángel tirano

de mi corazón marchito...

»Haz que Dios dé maldiciones,

que el infierno brinde amor,

y saldrá de estos balcones

un suspiro de favor.

»Y no seré ya un ciprés

levantado en un jardín

o un esqueleto de pie

dentro de alegre festín».

Y huyó repentino

siguiendo el camino

de extraño lugar...

Tal vez a la muerte

quisiera por suerte

ligero llegar.

Y era de noche, y la una;

mudo silencio reinaba

y entre celajes la luna

muy débil luz derramaba.

Montevideo, enero de 1842

El pampero

Puro, fuerte, fiel y libre

silba, silba, fresco viento,

que en mi rostro yo te siento

palpitando el corazón.

Silba, silba que tú vienes

de la bella patria mía,

con su misma valentía,

con su misma agitación.

Eres puro cual su seno,

y eres fuerte cual su lanza,

y eres fiel cual su esperanza

al sufrir la adversidad.

¡Ya no es libre!... Llega, viento,

y en el silbo de tus alas

di que el silbo de las balas

conquistó su libertad.

Di que traes las agonías

que exhalaban los esclavos

cuando el sable de los bravos

penetró su corazón

y cayeron aturdidos

con los golpes de los leales,

con los cánticos triunfales

y las salvas del cañón.

Di que el fuego ha devorado

cuanto hallaron sus excesos;

pero di que hasta sus huesos

en cenizas convirtió,

y que ni ellos se conservan

pues manchaban nuestros suelos,

y al impulso de tus vuelos

al infierno las echó.

Silba, viento de mi patria,

que te escucho y te venero

aunque llegues mensajero

de su negra adversidad.

Silba triste, pero al menos

di que en medio de sus penas

canta al son de sus cadenas

su perdida libertad.

Que aun en medio de agonías

se recuerda al Chimborazo...

Se recuerda que su brazo

todo un mundo levantó...

Se recuerdan sus batallas

y el festín de la victoria,

cuando el ángel de la gloria

con sus alas la cubrió.

Cuando símil de un torrente

fue a estrellarse con los Andes,

desafiándolos por grandes,

pues más grande quiso ser;

y lo fue cuando en su cumbre,

cual el águila altanera,

quedó la alta cordillera

bajo el peso de su pie.

Y en el puño de su acero

reclinada muellemente,

con semblante indiferente

miró al mundo y saludó.

Y esa Europa tan henchida

de poder y perfecciones,

«a los libres argentinos»

los saludos contestó.

¡Quién te quita, patria mía,

tanta gloria de tus sienes!

Si hoy un paso te detienes,

mil has dado y mil darás,

que, una vez que te desates,

has de ser cual tu pampero:

¡que Dios libre al marinero

que lo espere sin anclar!

Silba, silba viento hermoso

de la bella patria mía.

Di que ya la luz del día

sobre el Plata amaneció;

que la sangre de sus hijos

ya no corre con desmayo,

sino está cual la que en Mayo

por los héroes discurrió.

Que hay alguno que comprende

su magnífico destino

si en el vándalo asesino

clava libre su puñal.

¡Ah, bendito de los cielos,

por los hombres venerado,

por su patria coronado

y en los siglos inmortal!

¡Ver su nombre confundido

con el nombre de la gloria

y en las hojas de la historia

con diadema de laurel!

«Un puñal y un brazo fuerte».

Ved, porteños, el arcano;

quien lo clave en el tirano

la diadema cae en él.

Y después a nuestra patria

los proscritos volveremos

y de gozo lloraremos

al volverla a contemplar,

al mirarla que camina

semejante a su pampero:

¡que Dios libre al marinero

que la espere sin anclar!

Julio 20 (El Nacional, Montevideo, 25 de julio de 1842)

A la memoria del joven patriota D. Francisco Muñoz

comandante del tercer batallón de Guardias Nacionales, muerto de dolencia en la línea,
al frente del enemigo

Al Sr. D. Melchor Pacheco y Obes

Tú que sabes llorarlo, buen amigo,

quiero mi llanto compartir contigo.

No preguntéis sus hechos de guerrero

ni los viejos blasones de su cuna.

Los que amáis la virtud del ciudadano

derramad una lágrima en su tumba.

No es el panteón magnífico que encierra

en urna de cristal la nada impura

del que ayer reventara con su planta

del débil pueblo la garganta muda,

y grande y vencedor se apellidara

la sien alzando entre la idiota turba,

porque su acento tronador se oía

en medio al caos de la sangrienta lucha,

y grande y vencedor cuando temblara

la tierra al peso de su planta ruda:

grandeza del torrente despeñado

que sin edificar todo derrumba.

Es la tumba no más del ciudadano

que de su patria en la mortal angustia

armó su brazo y descendió a la arena

a defender la libertad augusta.

Ese coloso que en la patria mía

sobre montes de cráneos se columpia

y en cráneos bebe la caliente sangre,

néctar sabroso de su boca impura;

que embriaga con ella y sus pasiones

de honor y muerte y de lascivia ruda,

para escarnio mayor en el incesto

ardiendo el alma su descanso busca;

que de los brazos criminales se alza

para de nuevo centellear su furia

sobre la frente del postrado pueblo,

uncido inerte a la fatal coyunda,

giró en su loco frenesí de sangre

ávidos ojos de mayores tumbas,

y atravesando al Plata sus miradas,

dijo, vertiendo sanguinaria espuma:

«Esa Patria Oriental la esclava sea

de mi solo poder. Dentro se amura

a la odiada libertad, y tan vecina

puede mañana visitarme adusta.

Mi esclava sea, pues. ¡Oh, mis lebreles!

Desenfrenad alegres vuestra furia,

que el botín es espléndido a vosotros

cuando el cuello prosterne a la coyunda.

¡Oh, mis lebreles!, pronto. Sus campañas

vean tintas de sangre sus lagunas

y en lodazal hediondo convertidas

sus verdosas, magníficas llanuras.

Convertid en hogueras las ciudades

para que el humo que a los vientos suba

les regale a los vientos la grandeza

que a su adorada libertad escuda.

¡Oh, mis lebreles!, pronto. Esa bandera

en que altiva sus glorias acumula,

atadla bajo el pie de los caballos

que en ella estamparán sus herraduras.

Sus templos penetrad. Para vosotros

de sus altares la riqueza suma,

y para yo mofarme de su Cristo

quiero el lugar que en el altar ocupa.

Pronto, lebreles, pronto. Verla quiero

uncida de mi pueblo a la coyunda,

y os doy para vosotros sus mujeres,

ricas de gracia y de mortal angustia».

Así dijo ese déspota insolente,

de América borrón. La cifra muda

del tiempo que pasó de servilismo,

el fuego fatuo de lejana tumba.

Así dijo, y al punto sus legiones

profanaron de Oriente las llanuras

de un oriental apóstata regidas

que presta al tigre su obediencia muda.

Y con su voz vendida al extranjero

brindó, imbecil, al pueblo, su fortuna,

y el silbo de las balas orientales

confundió el eco de su voz impura.

Y vio temblando en la azulada enseña

sus bellos rizos desplegar sañuda,

y al pie del asta sus valientes hijos,

de ella abrazados, que salvarla juran.

De ella abrazados, libertad o muerte,

repite el eco de su voz robusta.

Venga el tirano; si vencernos puede,

será el amo no más de nuestras tumbas.

Y entre esas voces de coraje henchidas,

allí estaba, Muñoz, también la tuya.

Allí también al pie de tu bandera

juraste altivo: ¡Libertad o tumba!

No más ya ciudadano. Eras guerrero:

ese es tu galardón, esa es tu cuna;

la vez primera que empuñaste espada

fue a defender la libertad augusta.

Y en ese día que al sultán del Plata

torrentes hartarán de sangre suya,

al victorear la libertad, volvieras

ciudadano a domésticas venturas.

Mas no basta el valor, como la savia

no le basta al arbusto que lo abrumba

la constancia del viento que lo azota

y débil cede a su continua furia.

¡Murió! No mira del sepulcro oscuro

la aurora hermosa que el oriente anuncia...

Los que amáis la virtud del ciudadano

derramad una lágrima en su tumba.

La lápida que cubre las virtudes

toca no al corazón la desventura...

Yo no soy oriental y siento acaso

que alguna gota mis pupilas nubla.

Ese joven, sabedlo, es el modelo

de lo que falla en la sangrienta lucha

que los pueblos de América devora,

hombres y leyes devastando ruda.

Cuando sepamos todos que en el sable

la libertad del pueblo se asegura,
ya no habrá esos colosos que a su antojo
sobre montes de cráneos se columpian.

Ya no habrá el pensamiento esos nublados
donde errante vegeta y se perturba;
ya no habrá para el pueblo entumecido,
de astuto gaucho la servil coyunda.

Agosto de 1843

Despedida

Otra vez por mi suerte inhumana
una bella esperanza yo pierdo
y en el alma clavado un recuerdo,

bella virgen, me alejo de ti.

Sabr  pronto tu nombre y tus gracias

de los mares remoto la onda;

cuando el sol en su ocaso se esconda

 ay, Amalia, suspira por mí!

Yo no llevo de ti dentro el alma

ni una dulce palabra siquiera,

para un día en la roca extranjera

escribirla llorando a su pie.

Que es el último instante de vernos

el primero también en que digo

 ay, Amalia, yo dejo contigo

la más bella mujer que adoré!

Río de Janeiro, setiembre de 1844

A Teresa

I

Alma del alma mía,

ya en tu labio los hálitos no aspiro

del aire de mi frágil existencia,

y ya en tus ojos lánguidos no miro

la clara luz de mi risueño día.

Mas ¡ay! si de la esencia

del cáliz de tu alma tu suspiro

el nombre lleva de tu triste amante,

si tu mano al pasar sobre tu frente

la imagen mía en tu memoria siente,

qué me importa de ti, llorar distante.

II

Teresa, ya el destino

nos separó ¿es verdad? Pues bien, escucha,

cuando ya no he de hallarte en el camino

de mi vida quizá; cuando aun es mucha

la juventud que a mi existencia queda;

cuando todo el aroma de sus flores

arrebate ambicioso a tus amores,

antes, bien mío, que olvidarte pueda,

la fuerza de olvidar muera conmigo.

Que en supremo embeleso,

para siempre jamás dejé contigo

con mi primer amor, mi último beso.

III

Sí, Teresa, es verdad, el pecho mío

dijo adiós al placer cuando mi mano

tocó la tuya por la vez postrera,

mientras el labio

se negaba al rigor de la palabra;

y sólo el llanto del dolor tirano

que barrenaba mi alma y ahora labra

con agudo puñal tu nombre en ella,

te dijo adiós para seguir la estrella

sin lumbre, sin destino,

que colocó el infierno en mi camino.

IV

Y si al amor no dije

¡ay! otro adiós también, mi tierna amiga,

es porque mi alma para siempre elige

este amor celestial que por ti abriga.

V

Vivirá enamorada

de tus dulces recuerdos mi memoria,

vivirá iluminada

por un rayo de amor la hermosa historia

de mi primer amor y mis placeres,

en el fondo del alma que te adora.

Y entonces ¡ay! qué pueden las mujeres

y las pintadas flores,

la blanca luna y la radiante aurora,

qué pueden ¡ay! si pienso en tus amores.

VI

Cinco de enero, ven; ven a mi mente

y vive en medio a mis amargas penas,

como la clara fuente

del desierto abrasado en las arenas:

cual la perla escondida entre las olas

del iritado mar, cual la esperanza

en el oscuro abismo de la vida,

coronando de bellas aureolas

esa cumbre fingida

do el inexperto corazón se lanza.

VII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo

sus encantos, su amor, sus juramentos,

su dulce acento al suspirar conmigo,

sus rizos por su sien y la sien mía,

su temblor virginal y los alientos

abrasados de amor, y los sonrojos

en su pálida tez, y los desmayos

de su abrasada frente, y, como el día

del cielo tropical, aquellos rayos

que amor brotaban de sus tiernos ojos.

VIII

Ven a mi mente, ven; vengan contigo

las palabras aquellas que ninguna

¡ay! ninguna mujer pronunciar pudo:

«hoy más libre que nunca, tierno amigo,

queda tu corazón; si mi fortuna

te ligó a mi existencia en dulce nudo,

el amor solamente

y no el deber y compasión inspiren

tu beso abrasador sobre mi frente,

cuando mis ojos con placer te miren».

IX

¿Quién fue jamás tan noble y generosa,

quién más abnegación hizo y más pura

que la que esos acentos

revelan tan sencilla y tan hermosa,

de la más bella y tierna criatura,

en los mismos momentos

de sostener la sien de su querido

con vértigos de amor desfallecido?

¡Mas, qué mucho, mi Dios, si todo en ella

es la dulce expresión de la más bella

y tierna poesía

que inspirada brotó tu fantasía!

Mujer de filigrana que al mirarla

parece que los hálitos del aire

o los rayos de luz pueden matarla;

yo no sé si a la blanca flor del aire

la podré comparar, si al esmaltado,

tímido picaflor sobre la rosa,

o a la opulenta en galas

sensible mariposa,

sobre un jazmín su pecho reclinado

y oro vertiendo sus celestes alas.

XI

Llegad, horas tan dulces de la tarde

donde se esconden de la historia mía,

mi universo, mi Dios, mi poesía,

y la suprema gloria

de que hace el corazón altivo alarde.

Llegad a mi memoria

horas en que posaba mi cabeza

desmayada de amor sobre aquel seno

rebosando de encantos y belleza,

vacío de doblez y de amor lleno.

XII

Allí la suavidad de los jazmines

mi rostro acariciaba,

allí el olor del sándalo embriagaba

mi sien que se adormía

y al despertar volvía

del tierno corazón a los latidos;

y a las auras con hálitos de rosas

que en vez de alientos por mi sien corrían

y de sus dulces labios encendidos

derramaba mi hermosa,

en besos que a mis ansias respondían.

Cuando al mirarme tierna, poco a poco

su cabeza inclinaba, y con sus rizos

cubriéndome el semblante, confundía

al fin su ardiente boca con la mía.

Y de deleite loco,

y loco con su amor y sus hechizos,

mi corazón la sangre que encerraba

a mi apagada tez precipitaba.

Así el sol en la tarde

a medida que baja su alta frente,

va enrojando el pálido occidente

hasta que en llamas purpúras arde.

XIII

¡Embriaguez celestial! -Llegad tranquilas

como la dulce luz de sus pupilas,

horas de la oración, a mi memoria.

Yo he gozado en vosotras todo cuanto

puede a un mortal envanecer de gloria,

gloria del corazón, placer sin llanto.

XIV

¿Qué caricias me son desconocidas

bajo del pardo velo

con que cubrís tan lánguidas el cielo?

¿Qué palabras sentidas

no llegaron al fondo de mi alma,

puras y religiosas cual la calma

en que absorbéis el pálido universo?

¿Qué tierno melancólico suspiro

no enlutó mi alegría,

como en vosotras, al morir el terso

rayo del sol en perlas y zafiro,

la primer sombra de la noche umbría,

cuando con ella conversando a solas

hasta el adiós postrer iba la mente,

hasta el cruel más allá de lo presente

y hasta mi nave en medio de las olas?

Y ella, dando valor al alma mía,

con sus mismas palabras más sufría:

así una débil lámpara derrama

roja luz que deslumbra una pupila,

y cuando brilla más, más se aniquila

y se consume con su propia llama.

XV

Sufría, sí, porque su rostro bello,

su célica hermosura,

tienen menos de Dios el claro sello

que de su alma la cándida dulzura.

Mujer que amando vive y moriría

si a su vida el amor faltara un día.

XVI

¡Misterios del Eterno! Aquese pecho

que guarda sus más dulces afecciones,

puede sentirse de repente estrecho

al raudo temporal de las pasiones;

así en el Paraná, linfa del Plata,

y entre sus islas de aromadas flores,

la corriente sus ímpetus desata,

y las ondas estallan sus furores.

XVII

Sí, Teresa, tú en medio del embate

de la vida y el mal en torpe guerra,

eras cual blanca flor en yerma y ancha

arena de un combate

que enrojeció la tierra,

sin tener en las hojas ni una mancha,

y sin que el ámbar agostarle pueda

el vapor de la sangre o la humareda...

¡Oh, y no te olvidaré!, y no el cederte

siento, mi corazón hasta la muerte.

¿Sabes, sí, lo que siento hasta el exceso?

No haberte dado a ti mi primer beso.

XVIII

Mas ay, mi bien, no envidies la fortuna,

en mi primer edad, de otras mujeres;

en los brazos de cien no amé a ninguna,

amaba solamente los placeres,

las fuertes emociones,

las romanescas verdes ilusiones.

Para mi joven pensamiento loco,

era, por Dios, el universo estrecho,

y toda novedad era bien poco

a la ambición de mi agitado pecho.

XIX

Seguía por do quiera

de mi destino el fallo.

Y asistir a la cita de una hermosa

o domar un indómito caballo

fue siempre para mí la misma cosa.

No envidies, pues, Teresa, otras mujeres

yo no amé la mujer, sí los placeres.

XX

Era sólo la fiebre de la mente

quemando de mí ser la primer fibra;

era la tempestad que en el oriente

de mi vida se alzaba, y que en mi seno

estallaba furioso el primer trueno

que apenas hoy en mis oídos vibra.

Ese tiempo pasó, vino la calma,

vino el amor en su pureza al alma,

y te he dado, mujer, en mi embeleso,

con mi primer amor mi último beso.

Montevideo, junio de 1846

Destellos del dolor

Cuando la noche su manto,

presagiando negro espanto,

sobre la tierra despliega

y a la oscuridad entrega

aire, cielo, tierra y mar,

y va el alto firmamento

guardando el rico ornamento

de refulgentes estrellas,

que suelen sus luces bellas

al mismo sol eclipsar;

cuando con aspecto fiero

el relámpago ligero

cruza el aire, desaparece,

y más súbito aparece

con brillante luz furtiva,

y se va viendo la esfera,

en instantes, como hoguera

símil del infierno mismo,

en instantes, como abismo

de tiniebla aún más esquiva;

cuando mil nubes rodando

fugitivas y tronando

van siguiendo airado al viento,

que hace crujir en su asiento

al sólido negro mundo;

y, roto el preñado seno

de aquellas, se siente el trueno

retumbando sordamente,

y aterrador, de repente

vomitara rayo iracundo;

cuando, en fin, naturaleza

velozmente su belleza

cambia, como por encanto,

en lúgubre horror y espanto,

próximo fin anunciando:

entonces, ¡oh, cuál se goza

toda mi alma que rebosa

en el mar de la alegría!

La triste melancolía

se va de mí, suspirando.

Los fatales sufrimientos,

los crueles presentimientos,

el destino que a mi lado

siempre en llanto y enlutado

me señala el porvenir,

por hechizo desaparecen

al instante que aparecen

sobre el cielo las señales

que los tímidos mortales

miran pálidos gemir.

A su aspecto, ellos sus pechos

de temor sienten deshechos,

se concentran, se resienten,

se conmueven, se arrepienten,

todo es luto y confusión;

miran solo en los horrores

al Eterno en sus rigores,

y al lucir fugaz el rayo

presagiar ven en desmayo

la celeste maldición.

No así siéntese mi alma,

que embriagada en dulce calma,

al crujir los elementos

la conmueven sentimientos

de simpático dulzor;

y mi mente enardecida

sin volar al cielo herida,

se recrea en su presencia: son,

me dice, tu evidencia

esos piélagos de horror.

¡Oh, cuán cierto! ¿Qué es mi vida

sino sombra confundida

entre un éter que enlutado

lo dejó impropicio el hado

al lucir mi juventud?

Mis pensamientos, ¿qué abortan

sino chispas que confortan

un instante mi ardimiento,

y en el caos del sufrimiento

pierden luego su virtud?

¿Qué es mi alma sino el seno

do se agolpan cual el trueno

mil violentas afecciones

que enlazando mis pasiones

con el genio del pesar,

las enconan, las alientan,

más violentas las presentan,

cual los vientos que encontrados

mil alientos inflamados

lanzan fieros al chocar?

En la edad en que el destino

lleva al hombre por camino

donde solo sus sosiegos

ve turbados por los fuegos

del engaño y el amor,

ya mi vida, cual un fluido

de mil vientos combatido,

ha vagado sin ventura

por un valle de amargura,

bajo un cielo de rigor.

Así sólo cuando el mundo

aterrado y gemebundo

llora envuelto en los horrores

de esos signos destructores,

de esa noche enardecida;

por oculta simpatía

lo venera el alma mía,

y de tanto mal rodeado

balbuceo enajenado:

«es el mundo de mi vida».

Montevideo, noviembre de 1848

Canto al Ejército Libertador

¡Bendito mil veces el rayo divino

que ya en el oriente del cielo argentino

anuncia la aurora de su libertad!

¡Benditos los días de paz y de gloria

que en pos de los tiempos de ingrata memoria

vendrán con la aurora de la libertad!

Las últimas horas del crimen sonaron

y el brazo potente los pueblos alzaron,

mirando la aurora de su libertad.

Y roto ya el trono de la tiranía,

los pueblos que esclavos gimieron un día

saludan la aurora de la libertad.

Levanta, patria mía, tu dolorida frente;

extíngase en tus labios del infortunio el ¡ay!

La libertad del Plata se ha alzado de repente

en las riberas tuyas que baña el Uruguay.

Tus horizontes todos espléndidos destellan

del alba de tu gloria, radiante claridad.

¡Mirad! En occidente las sombras se atropellan

huyendo de los rayos del alma libertad.

¿No sientes a lo lejos un eco que retumba

vibrando por las olas del Plata al Paraná?

Tus hijos son que marchan abriendo la gran tumba

del viejo despotismo que se desploma ya.

La marcha es de tus hijos con el fusil al hombro,

el ruido de las ondas del patrio pabellón,

los vivas que fulminan al déspota el asombro,

los potros de tus llanos que arrastran el cañón.

El ángel de la gloria que un día orló tu frente

con los brillantes rayos de la inmortalidad,

oculto entre tus nubes velaba tiernamente

bajo sus alas de oro tu cara libertad.

Y al resplandor que vierten las armas de los libres

desciende con el ángel la libertad también,

para que el rayo santo de tu justicia vibres

y abrases del tirano la renegada sien.

Para probar el temple del alma de tus hijos,

la libertad, acaso, cedió a la esclavitud;

y hoy goza al contemplarlos buscándola prolijos

con el fusil al hombro y en cívica virtud.

Los déspotas se ofuscan al resplandor divino

que esparcen los aceros templados en la fe;

y al brillo de las lanzas, al bárbaro asesino

sobre el lugar que pise le temblará su pie.

En vano a sus lebreles azuzará a la guerra;

en vano del infierno demandará calor:

cuando se va la suerte de un déspota en la tierra,

hasta el infierno mismo le niega su favor.

El porvenir ha alzado de tu horizonte el velo

y sólo está abatida del déspota la faz.

Tus hijos juraremos, bajo del patrio cielo,

sobre el herido monstruo, fraternidad y paz.

Como tu sol, brillante; como tus glorias, bello;

como tu río, inmenso será tu porvenir

cuando en tu frente brille de libertad el sello

y puedas ver tus hijos bajo la paz vivir.

La que miró a sus hijos al sol del araucano,

la que les vio del Andes en la nevada sien,

del genio y la grandeza con brazo americano

la enseña levantando, los mirará también.

¡Salud, madre de glorias! Tus hijos van marchando;

la libertad los guía con su risueña faz.

Mañana juraremos en tu regazo blando,

sobre el herido monstruo, fraternidad y paz.

Mañana de tus glorias y porvenir señora,

olvidarás contenta del infortunio el ¡ay!,

la mano bendiciendo que levantó tu aurora

de las riberas tuyas que baña el Uruguay.

Mañana depondremos ante tu pie, de hinojos,

las armas que en su fuego templaba el corazón,

mostrando a los tiranos que el pueblo en sus enojos

romper sabe los hierros que forja su opresión.

Montevideo, octubre de 1851

A la victoria de Caseros

¡Salve, campo inmortal, urna que encierra

la perenne memoria

de la más alta y merecida gloria

que legó al mundo el genio de la guerra!

Aquí la humanidad quedó vengada,

la justicia de Dios quedó cumplida,

y la patria infeliz regenerada

se alzó triunfante a su esplendente vida.

Pasarán las edades

cual soñados vestiglos

arrastrando al abismo de la nada

hombres, generaciones y ciudades

en las potentes alas de los siglos.

Mas pasarán los tiempos, y al olvido

no pasará, Casero, tu memoria;

que después de Satán nadie ha caído

de más altura que el soberbio Rosas,

por una mano intrépida arrancado

del apogeo de su negro imperio;

y del cenit de su poder tumbado

contemplaste su ruina,

viste roto en su frente el despotismo,

viste a la libertad su faz divina.

Y cuando el tiempo las señales borre

que bordara el cañón en tus llanuras,

cuando ya no quedara por memoria

ningún padrón de tu opulenta gloria,

entre estas nubes de mi patria, puras

como las glorias de su edad primera,

hay un aire que corre,

hay un sol que las parte en su carrera,

y ese sol o esa brisa

dirían de algún modo al extranjero;

aquí nos dio la libertad Urquiza;

murió aquí el despotismo, ¡éste es Casero!

14 de abril de 1862

El poeta Mármol al poeta Mitre

El canto de la patria

Ya las nubes del Plata al fin se doran

tras larga noche de tiniebla umbría,

y al alma luz del suspirado día

los pueblos cantan, los tiranos lloran.

Ya la patria del genio y las victorias

a su trono inmortal radiante sube,

envuelta, como en blanca y azul nube,

en la bandera de sus viejas glorias.

Madre ardiente de amor, yerta al encono,

del Plata al Andes sus miradas gira,

y a un solo pueblo envanecida mira,

que en su hombro de titán sostiene el trono.

El destino solícito levanta

a sus ojos el velo del futuro,

y ella, a través del horizonte oscuro,

ve el porvenir y su grandeza canta:

«Allá está iluminada por el divino rayo

que brota la mirada dulcísima de Dios,

la interminable senda que me enseñara en Mayo

cuando sonó a mi oído su omnipotente voz.

»Allá está atravesando del tiempo las regiones,

surcada de los siglos por el gigante pie,

cubierta con los restos de cien generaciones

que vane transmitiendo la herencia de mi fe.

»Allá está la corona del genio americano

y el libro del destino, bajo región de luz:

regalos a la esposa del porvenir humano,

a la heredera rica del mundo y de la cruz.

»El porvenir la espera. Allá está y se levanta

la lumbré que ilumina de América la faz;

marchemos adelante de su atrevida planta;

sobre el pasado ingrato, ¡resignación y paz!

»Aquí, dentro mis ríos que riegan las entrañas

de un mundo y le difunden la vida y robustez,

sobre mis anchos prados, al pie de mis montañas

que dora de mis astros la clara brillantez;

»Aquí no he respirado después que sonó ingrata

de la vergüenza mía la bárbara señal:

las olas no llevaron mi lágrima en el Plata,

ni el viento de la Pampa mi queja maternal.

»Y errante peregrina, viví con el tesoro

de los recuerdos bellos de mi rosado albor,

cuando se abrió en la historia la página de oro

que recibió mi nombre con su inmortal honor.

»En lágrimas bañada y ahogando en mi delirio

dentro del pecho mío la dolorida voz,

de hinojos he pasado las horas del martirio,

pidiendo por mis hijos la caridad de Dios.

»Mi sed amortiguaba en los torrentes fríos

que de la sien del Andes espléndidos caén;

y allí los pasos vía de los guerreros míos

marcando sempiternos la empedernida sien.

»Mi lecho eran los campos que hubieron por alfombras

las rotas armaduras del duelo colosal;

y allí me rodeaban las impalpables sombras

de los que al caer oyeron mi cántico triunfal.

»Para guardar mi sueño entre mortuoria pompa

velaban silenciosas su inmenso panteón;

pero soñando oía de la guerrera trompa

los vibradores ecos, y el trueno del cañón.

»La noche fue muy larga, pero sonó la hora

de la justicia eterna, y el rayo descendió;

iluminó la esfera su llama vengadora

y la proterva frente del bárbaro rompió.

»Abriéronse los muros del templo maldecido;

los ídolos cayeron de su sangriento altar;

pero el espeso polvo por vientos sacudido

encegueció a mis pueblos al procurarme hallar.

»Al fin nos encontramos, y cerco diamantino

me forman con el alma que les tocara yo;

nos vemos a los rayos del sol de mi destino:

el polvo de rüinas se levantó y cayó.

»¡Adiós para el pasado! Allá está y se levanta

la lumbre que ilumina de América la faz;

marchemos adelante de su atrevida planta;

tras el pasado ingrato, fraternidad y paz!

»¡Al porvenir seguidme! La luz lleva en su mano,

mostrándonos la senda, la hermosa libertad;

si halláramos de paso que crece algún tirano,

al águila en el huevo, de paso reventad!».

Octubre 21 de 1860

A la Virgen de las Mercedes

(CORO)

Del error en dura cárcel

presa está la humanidad.

Abre, oh Reina del Cielo, las puertas,

fuente clara de eterna verdad.

Salve, luz de la esperanza

que en la fe cristiana asoma.

De esa flor del alma toma

el perfume de su amor.

Es la flor que abrió sus hojas

con las lágrimas que un día

derramaste, madre mía,

a los pies del Salvador.

(CORO)

De un Dios, madre, el universo

es el himno de tu gloria,

y se humilla a tu memoria

desde el átomo hasta el sol.

En su espíritu inspirada

todo en ti se vivifica.

Todo aquí se purifica

de tu amor en el crisol.

(CORO)

Es la luz del universo

resplandor de tu grandeza

y su armónica belleza

es tu angélica beldad.

Tu candor está en la cuna,

tu valor junto a la muerte,

y en las luchas de la suerte

tu serena majestad.

(CORO)

A los rayos de la luna

y en la blanda mar tranquila,

vacilando en la pupila

una lágrima se ve.

Es que el alma humana toca

de tu amor la llama santa

y a los cielos se levanta

en un éxtasis de fe.

(CORO)

Los cautivos de este mundo

no tu imperio en vano aclaman.

Tienen fe cuando te llaman

y su fe es redención.

Creo en ti, Reina del Cielo,

dulce amor de mis amores.

Creo en ti y en tus dolores,

en tu amor y mi perdón.

(CORO)

Allí estás en el calvario,

del dolor las fuentes rotas,

salpicadas con las gotas

de la sangre del Señor.

Aquí estás en tus altares,

del incienso entre las nubes,

y del alma en ella subes

el perfume de su amor.

(CORO)

Del error en dura cárcel

presa está la humanidad.

Abre, oh Reina del Cielo, las puertas,

fuelle clara de eterna verdad.

La aroma

Insensible del alba al tierno lloro

y al beso de la auras peregrinas,

resplandeces, del sol lágrima de oro,

bella y soberbia en tu millón de espinas.

Engreída en tu altísimo palacio,

halagar y engañar son tus placeres;

te haces mágico dueño del espacio,

llamas de lejos y de cerca hieres.

Ingrata y falsa, sin piedad lastimas

la mano que te busca sin recelo;

y si a cogerte sin temor la animas,

es cuando el viento te postró en el suelo.

¡Ay!, la que tanto mal lleva consigo,

la triste ley de su destino aclama:

sin un seno de amor que le dé abrigo,

su destino es morir seca en la rama

La noche

Noche, misterio, soledad del alma,

¿quién pasea tus ámbitos profundos,

que en hálitos de amor vierte la calma

por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende

cuando oculta su frente el rey del día,

y silencioso los espacios hiende

en nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte

del Supremo Hacedor que a sus acentos

se apagan, como al soplo de la muerte,

las luces y las ondas y los vientos?

¡Noche, magnificencia indefinida!

¿Qué humano corazón no ha suspirado

sintiendo el peso de la ingrata vida

en tu templo sin límites sagrado?

...¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas

tu balsámica paz sobre los cielos,

y a la conciencia a confesarse llamas

bajo el crespón de tus oscuros velos?

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario